



LAS COSTUMBRES
DE ANTAÑO.

LAS COSTUMBRES DE ANTAÑO.

COMEDIA ORIGINAL.

POR DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.



MADRID 1819.

Imprenta de Repullés, *plazuela del Angel.*

LAS COSTUMBRES
DE ANTAÑO.

COMEDIA ORIGINAL.

POR DON MANUEL EDUARDO
DE GOROSTIZA.



MADRID 1819.
Imprenta de Repullés, plazuela del
Angel.

AL REY

NUESTRO SEÑOR.

Manuel Eduardo Gorostiza.

PERSONAS.

Don Pedro, *propietario rico de Chinchon.*

Doña Inés.

Don Felix.

Don Juan.

Un Escudero.

Un Page.

Un Doctor.

Isabel, *criada.*

Escuderos, *Pagés y dueñas que no hablan.*

LA ESCENA ES EN CHINCHON.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

Don Juan, Don Felix e Isabel.

D. Juan.

Confieso teneis razon:
¡es singular su manía!

D. Felix.

No nos habla en todo el dia
sino de la perfeccion
de las costumbres de antaño;
exagera su bondad,
pondera su gravedad;
y en proceder tan estraño
nada es bueno, nada deja
su voluntad satisfecha
sin cuatro siglos de fecha.

D. Juan.

Siempre á los viejos aqueja
semejante enfermedad;
y como su edad pasó,
no hay uno solo que no
eche de menos su edad.

D. Felix.

Fácilmente se concibe
la razon, que á los sesenta
nada presente alimenta,
y de recuerdos se vive:
con todo, mi amado tio
se excede mas que cualquiera,
y lo que en otro es chochera
en él pasa á desvarío.
No hace mucho que le ví
con un ochavo en la mano
(al parecer segoviano),
y entusiasmado le ví
que entre dientes repetia,
¡qué delicado perfil!
¡qué limpieza! ¡qué buril!
No se grava asi en el dia.

Isabel.

Pues cuando anoche mondaba
en la cena cierto pero

de Ronda que (no exagero)
sus cuatro libras pesaba,
me dijo, mira, Isabel,
todo cambia y degenera,
y si yo nacido fuera
cuando D. Pedro el cruel,
te aseguro sin afan
que este pero que has traido,
por lo chico, hubiera sido
una pera de S. Juan.

D. Juan.

De buena gana me rio.

D. Felix.

Nosotros no, porque al cabo
todo el mundo aqui es esclavo
del capricho de mi tio;
y si aquesto no influyera
en su genio y condicion,
pudiéramos con razon
pasarle tanta quimera;
mas por la Vírgen, señor,
¡si no se puede sufrir!

Isabel.

No sabe sino reñir.

D. Felix.

Siempre está de mal humor:
cuanto hacemos le disgusta,
y cuanto hablamos le enfada;
si callamos no le agrada,
si reímos no le gusta.
Con el sol nos levantamos,
nos acostamos de dia,
comemos al medio dia,
y entre cinco y seis cenamos.
Nunca podemos leer
sino en viejos cronicones,
con mas roña que renglones,
con mas polvo que saber.
Y el mísero que se atreve,
y sus órdenes resiste,
á vestir como se viste
en el siglo diez y nueve,
desde luego le declara
por hombre de poca pró,
pues de greguescos no usó
como D. Sancho de Lara.

D. Juan.

¿Y él los usa?

D. Felix.

No por cierto;

viste como le acomoda,
y no aborrece la moda
sino en los otros.

ISABEL.

Un tuerto
le dijo cuando enseñó
á cazar á cierto amigo,
apunta como te digo,
y no como apunto yo.

D. FELIX.

Llega á tanto su locura,
que aunque él mismo determina
mi boda con su sobrina,
retarda nuestra ventura,
porque dice que no ve
en nosotros cierto fuego
que asegure su sosiego,
que nos falta un no sé qué,
que los Wambas y Mencias
amaban de otra manera;
y en fin, no sé lo que espera,
y pasan dias y dias,
y no nos casa.

ISABEL.

Caramba,
con tal necedad me irrito;

¿quiere acaso el señorito
sino lo que quiso Wamba?

D. Felix.

Nuestro mismo descontento
sin duda ninguna ha sido
el que nos ha sugerido
un extraño pensamiento,
un proyecto de que ya
os hablamos hace poco;
quizá de este modo un loco
con locuras curará.

D. Juan.

Pero no temeis su enfado?

D. Felix.

Se enfadará por supuesto;
mas como lo hemos dispuesto
en dia tan señalado
en que de Madrid se espera
la nueva de la llegada
de nuestra Reyna adorada,
tenemos la lisongera
esperanza de que el tio,
á la sombra de este dia,
perdone nuestra osadía.

Isabel.

Sí señor, el amo mio

es un español de ley.

D. JUAN.

¡Excelente sobrescrito!

ISABEL.

Y todo le importa un pito
con tal que se case el Rey.

D. FELIX.

En efecto, su lealtad
y amor por el Soberano
escusan en este anciano
las rarezas de su edad.
¡Ay sobrino! (me decia
ayer mismo) ¡cuántos años,
cuántos tristes desengaños
cuenta la existencia mia!
Esperanzas mil, y mil
brillar ví, de dicha grata;
mas como el cierzo arrebata
las tiernas flores de abril,
asi desaparecieron,
y en su lugar me dejaron
recuerdos que me amargaron,
penas que me entristecieron.
Desconfiado ya de un bien
que cual la sombra me huía,

imaginé que podia
cesar de vivir tambien;
quise al sepulcro bajar,
pues no vive quien no espera,
cuando empezar su carrera,
y crecer y deslumbrar
ví un astro que bondadoso
tanto su luz difundia,
que al triste paz prometia
y dicha eterna al dichoso.
Lo considero admirado,
lo venero agradecido,
cobro el aliento perdido,
huyo del sepulcro helado,
y constante girasol
de sus rayos vivir quiero,
porque ya de nuevo espero,
porque he visto un nuevo Sol.

ISABEL.

Pues sin duda conoció
que yo no le entendería
semejante alegoría,
y para usted la guardó,
porque á mí solo me dijo:
Isabel, el REY se casa;
déle Dios dicha sin tasa,
y al noveno mes un hijo.

D. JUAN.

¿Con que os decidís por fin?

D. FELIX.

Ya está todo preparado,
y tenemos concertado
ademas en el jardin
un festejo, un bailecillo
para despues que se acabe
nuestra farsa.

D. JUAN.

¿Es cosa grave?

D. FELIX.

Es de asunto muy sencillo;
mas con todo, servirá
de mucho.

ISABEL.

Vamos, señor,
tengamos ojo avizor,
que el amor dispertará
cuando menos se le espere.

D. JUAN.

¿Pues duerme?

D. FELIX.

Tres horas hace.

ISABEL.

Mucho el dormir satisface;
pero él duerme mas que quiere.

D. JUAN.

No entiendo vuestra respuesta.

D. FELIX.

Es que hemos aprovechado
todo el tiempo que ha roncado
para disponer la fiesta.
Mudanza hubo general
de menage y guardaropa;
antigua será la ropa,
antiguas mesa y sitial;
le servirán escuderos,
tendrá dueñas que le lloren
y doncellas que le imploren
contra sandios caballeros.
En fin, pues tan miserable
este siglo le parece,
veremos si el siglo trece
le parece mas amable.

D. Juan.

Y en tiempo tan limitado,
¿cómo se pudo forjar
tal enredo?

D. Felix.

Es de contar
muy largo: mas se ha forjado.

Isabel.

Diez cómicos de la legua
nos ayudan. . . . .

D. Juan.

¡Buen acaso!

D. Felix.

En el pueblo estan de paso,
y . . . . . .

Isabel.

Como pasó la siega,
se vuelven donde se estaban.

D. Felix.

Y al punto los embargué.

• • •

D. Juan.

Muy bien hecho.

D. Felix.

Asi logré
los trages que me faltaban.

Isabel.

Tambien ellos representan
sus papeles.

D. Juan.

Bien lo creo.

Isabel.

Y es tanto ya mi deseo
de que empiecen y diviertan,
que reniego de la suerte
al mirar lo que se tarda.

D. Juan.

Pero en fin, ¿á qué se aguarda?

Isabel.

A que D. Pedro dispierte

D. Felix.

Pienso se te fue la mano

en los polvos que le diste
en el caldo.

ISABEL.

¡Lindo chiste!
harto polvo es un anciano!
no señor: solo le dí
lo que recetó el doctor.

D. PEDRO.

¿Isabel?

ISABEL.

¡Ay Dios! señor, *Bajito.*
que es el amo.

D. JUAN.

¿Llamó?

ISABEL.

Sí.

D. FELIX.

Pues chiton, y cada cual
ocupe el debido puesto.

D. PEDRO.

¿Isabel?

D. Juan.

Vámonos.

D. Felix.

Presto.

Isabel.

¡Oh Vírgen del Tremedal!
ahora sí que va de veras.
Dános pues tu proteccion,
porque si no este Neron
nos ha de dar para peras.

SCENA II.

El teatro representa una sala colgada con tapices viejos, y mueblado del modo mas antiguo que se pueda. En el foro habrá una puerta que figurará ser de la alcoba en que ha dormido Don Pedro la siesta, y saldrá por ella. Toda esta escena es á obscuras.

Don Pedro solo.

D. Pedro.

¿Isabel? ¿Felix? ¿Lucía?

¡todo el mundo ha ensordecido
en esta casa! ¿Muchacha?
sí, á la otra puerta... ¿Sobrinos?
¡nadie me responde, nadie!
¿Pero cómo habré dormido
tanta siesta? Ya es de noche
cerrada, ¡cuando á las cinco
debieron llamarme!.... Vaya,
que me gusta tal descuido.
Pues, señor, fuerza será
que me tome el trabajito
de buscarlos en persona:
de lo contrario.... no atino

Tropieza con un sitial.

con la puerta... ¡Santa Tecla!
que me he deshecho un tobillo.
¡Siempre han de dejar por medio
las sillas!... Pero, Perico,
esto no es silla... ¿Pues qué
será? Yo no lo adivino;
vamos, si hubiere en el mundo
hombre que esté peor servido
que yo... ¡maldita canalla!
Todos, todos son lo mismo.
Bien haya aquellos criados
de vigote retorcido,
con su perilla en la barba

y su tizona en el cinto;
¡aquellos sí que servian
los pensamientos!.. Afirmo
que diera lo que no tengo
por un escudero.

ESCENA III.

ESCUDERO Y DICHO.

ESCUDERO.

Fizo *Claro.*
vuesa merced luenga siesta.

D. PEDRO.

¡Válgame San Agapito! *Ap.*
¡San Juan, San Cosme, San Diego,
los mártires de Corinto,
y la santa Translacion
del Apostólico oficio
á la ciudad de Antioquía!

ESCUDERO.

¿Non me fabla, señor mio?
¿qué pescuda? ¿qué desea?

D. PEDRO.

¿Pero dónde estoy? ¿Qué sitio *Ap.*
es este?

ESCUDERO.

¿A quién demandaba?

D. PEDRO.

¡Qué tapices tan antiguos! *Ap.*
¡Qué muebles! Vaya, no hay duda:
ó me vine sin sentirlo
á las ferias de Madrid,
ó estoy todavía dormido,
y me aflige pesadilla.

ESCUDERO.

¿Mas por qué vos mortifico
con preguntas é respuestas,
cuando de todo colijo
que la fiebre cuartanal
vos acucia?

D. PEDRO.

Un buen pellizco *Ap.*
me tiraré por si logro
dispertarme.

ESCUDERO.

¿Hubiste frio?
¿Sentiste en la riñonada
punzada ó dolor?

D. PEDRO.

Maldito
seas con tu riñonada:
duende, vision ó vampiro,
¿qué me quieres? ¿qué me quieres?

ESCUDERO.

Daros el vuestro vestido.

D. PEDRO.

Oste puto, y ¿tiene llamas?

ESCUDERO.

Franjas solo.

D. PEDRO.

¡Qué delirio!
¿Pues acaso en el infierno
faltan lacayos?

ESCUDERO.

Non digo
tal sandez.

D. Pedro.

Pues por si acaso,
de parte de Dios te pido
me digas quién eres, y
quién te envia.

Escudero.

Soy Rodrigo
el vuestro buen escudero,
é de Juan Rodriguez fijo,
é nieto de Gil Rodriguez,
el de Iniesta.

D. Pedro.

¡Ay diablo mio!
eso sí que no; serás,
si es que te empeñas, sobrino
de la misma catedral
de Toledo: no replico
ni me opongo; pero en cuanto
á lo escudero te afirmo
que es mentira, porque yo
nunca tuve á mi servicio
gente que oliera á toston.

Escudero.

¿E asi pusiste en olvido
mi lealtad? Mas non lo estraño,

ni menos lo maravillo,
pues estais asaz doliente,
é sin seso.

D. Pedro.

¿Con que es fijo
que eres mi escudero?

Escudero.

Sí.

D. Pedro.

Míralo bien.

Escudero.

Ya lo miro.

D. Pedro.

Pues entonces qué ¿soy yo?

Escudero.

Sois el muy alto é manífico
señor Pero Perez de Hita
de abolorio esclarecido,
copero mayor del Rey,
é su vasallo.

D. Pedro.

Has mentido,

y la culpa tengo yo
de hablar con diablos bebidos.
¡Yo copero! ¡yo abalorio!

ESCUDERO.

Vaya, recobrad el joicio:
no esteis, señor, tan airoso,
que al dotor ya he prevenido
é con su fisica pronto
vos curará.

D. PEDRO.

Vive Cristo, *Ap.*
que segun lo caprichoso,
este diablo es vizcaino:
no hay remedio.

ESCUDERO.

En tanto pueden
vuestros pages asistiros,
é quitaros el ropon.

D. PEDRO.

¡Esta es otra!

ESCUDERO.

¿Dais permiso?

D. PEDRO.

¡Si supiera conjurar! *Ap.*
Mas á falta de exorcismos
allá van media docena
de cruces. . . . nada. . . está visto,
en no hablándoles latin
se hacen los desentendidos.

ESCUDERO.

Ola, pajes; venid pronto.

ESCENA IV.

DICHOS Y DOS PAJES.

PAJES.

¿Qué nos mandas?

ESCUDERO.

Necesito
unas calzas coloradas,
é greguescos amarillos,
é coleto, é la ropilla
de belarte berberisco
para engalanar al dueño
á quien atentos servimos.

D. Pedro.

Para disfrazar dirás *Ap.*
mejor.

Escudero.

¿Lo habeis entendido?

Pajes.

Todo está á punto.

Eescudero.

Pues luego
comenzad el vuestro oficio,
é nada os detenga.

D. Pedro.

No
por cierto: yo no me visto
de mogiganga.

Escudero.

Parad
las mientes. . . .

D. Pedro.

Lo dicho, dicho;
ni páro ni reparo; ¡ola!
¿soy acaso dominguillo

para que asi se diviertan
á mi costa?

ESCUDERO.

Catad. . . .

D. PEDRO.

Digo
que no quiero.

ESCUDERO.

Pues entonces
homildemente os aviso
que por ser la malatía
tan pertinaz. . . .

D. PEDRO.

Hombre indigno,
¿qué tiene que ver mi tia
con tus planes fementidos?

ESCUDERO.

E porque perdido el seso
vos acometen vaguidos,
é non vos dejais servir
de los vuestros, determino
que con todo aquel respeto
que á vuestro alcurña es debido,
vos aten entrambas manos,

é los pies sujeten grillos;
é vos desnuden é vistan,
mal que vos pese.

D. Pedro.

No, amigo;
no dejaré yo que llegue
este caso.

Escudero.

Ello es preciso...

D. Pedro.

Pues me entrego á discrecion,
porque nunca he apetecido
distinciones con grilletes,
ni respetos con silicios.

Escudero.

Tomad asiento.

D. Pedro.

Caramba,
y qué blando es el maldito.

Escudero.

Es de alcornoque.

D. PEDRO.

Lo creo.

ESCUDERO.

E non lo vi tan polido.

D. PEDRO.

Ni yo tan duro.

ESCUDERO.

El abuelo
de vuesa merced lo fizo
facer cuando se tornaba
de los campos de Clavijo.

D. PEDRO.

No hubiera hecho tal si hubiera
las poltronas conocido.

ESCUDERO.

Llegad, pajes, é las calzas
atacadle.

D. PEDRO.

¡Qué martirio! *Ap.*
Esto es ligarme las piernas.
¿Donde, donde os habeis ido
comodísimas calcetas?

¿Desahogados calzoncillos?
Pero, señor, ¿qué es aquesto?
¿Son visiones? ¿Son hechizos?
¿Si seré yo Pero Perez,
y nunca lo habré sabido
hasta ahora?

ESCUDERO. *A los pajes.*

Los greguescos.

D. PEDRO.

¿Mas no soy D. Pedro Risco, *Ap.*
el hidalgo de Chinchon,
y el cosechero mas rico
de la villa?

ESCUDERO. *A D. Pedro.*

Enderezad.

D. PEDRO.

Con un garrote de pino
en tus costillas.

ESCUDERO.

¿Fablais
con nosotros?

D. PEDRO.

No, querido;
. . .

rezaba mis oraciones,
como siempre que me visto.

ESCUDERO. *A los pajes.*

El coleto.

D. PEDRO.

¿Pero dónde *Ap.*
mis sobrinos se han metido?
¿dónde mis criados? ¿Dónde
mi casa?

ESCUDERO.

Ya estais vestido:
¿qué nos ordenais agora?

D. PEDRO.

Mas ¿por qué me martirizo *Ap.*
con necias cabilaciones?
¿Puedo acaso resistirlos
si son diablos? Si es un sueño,
¿ha de durar medio siglo?
¿no he de dispertar al cabo?
Pues, entonces, ea, Perico,
pecho al agua, fuera miedos;
y si de pronto me miro
infanzon hecho y derecho,
paciencia, pues lo he querido
y deseado, y... mal haya,

amen, tanto desvarío.

ESCUDERO.

Estais harto enfastidiado;
narrarnos, pues, yo lo pido,
del presente displacer
la causa.

D. PEDRO.

¿Dieron las cinco?

ESCUDERO.

E las siete tambien dieron.

D. PEDRO.

Mejor, por eso me inclino
á que me deis chocolate;
pues no será divertido
que me quede sin refresco.

ESCUDERO.

No sé lo que quereis.

D. PEDRO.

¡Lindo!
¿qué he de querer! Chocolate,
con vizçochos de soplillo,
y.....

ESCUDERO.

¿Pero qué es chocolate?

D. PEDRO.

¡Es verdad que aun no ha nacido
el buen Cristóbal Colon!
Por vida de...

ESCUDERO.

¿Teneis hipo?
¿Quereis yantar?

D. PEDRO.

Ya se vé
que quiero.

ESCUDERO.

Sereis servido
súpitamente.

ESCENA V.

Don Pedro solo.

D. PEDRO.

Ello es cierto,
graves males han traido
esas Indias; mas tambien

nos dan frutos peregrinos:
dígalo si no el cacao
y el azúcar, y.... ¡benditos
ingredientes! Sin vosotros
fueran en verdad perdidos
muy buenos ratos, muy buenos;
y ademas, zoylos impíos,
sin chocolate, decidme,
y sin un azucarillo,
¿qué hubieran, pues, refrescado
el Príncipe, el grande, el chico,
el reverendo, el letrado,
la doncella, el....

ESCENA VI.

Escudero, Pajes y dicho.

ESCUDERO.

Pan y vino
tiene aqui vuesa merced:
yante en buena hora.

D. PEDRO.

¡Esquisito *Ap.*
refresco!

ESCUDERO.

E muy buena pró
le faga.

D. PEDRO.

¡Qué hermoso vidrio! *Ap.*
Vaya, que la tal vasija
puede hacer cualquier servicio,
sin que nadie se lo tache;
pues digo, ¿y el panecillo?
si no es de leche, es de tinta;
de piedra si no de trigo;
y....

ESCUDERO.

¿Non yanta?

D. PEDRO.

Tengo solo
sed.

ESCUDERO.

Beba luego.

D. PEDRO.

Es muy tinto.

ESCUDERO.

¿Quiere agua?

D. PEDRO.

Quiero el demonio
que cargue pronto contigo.

ESCENA VII.

El Dotor y dichos.

Dotor.

Non descuiden la mi mula; *Al salir.*
guárdense de sus descuidos,
cá siempre fue caroñosa,
é cocea.

Escudero.

Ya el dotor vino.

Dotor.

Aristotis é Avicena
nos encargan . . . .

D. Pedro.

Buen principio: *Ap.*
y no es malo que al instante
entregan el sobrescrito.

Dotor.

O debieron encargarnos
el uso del solomillo
ahumado en casos de gota,
porque el craso del cochino,
humectando los tendones,

ablanda el dolorido
estremo, é...

D. Pedro.

Basta, hombre, basta:
escuse los desatinos,
que no tengo otro dolor
si no haberos conocido.

Dotor.

Paso, señor Pero Perez,
non denueste, que me irrito,
é tengo siempre en la maño
la venganza.

D. Pedro.

No me admiro,
porque con cada renglon
se sale de un enemigo.

Escudero.

Señor dotor, non es gota.

Dotor.

¿Pues qué es?

D. Pedro.

Si se lo decimos,
¿de qué le sirve su ciencia,...

ni sus graves aforismos?

ESCUDERO.

Le acucia una malatía
en la mente.

DOTOR.

¿Bebe vino?

ESCUDERO.

Algun tanto.

DOTOR.

Mas valiera
que lo aforcaran.

D. PEDRO.

Dios mio,
¿por qué los médicos siempre
han de ser tan compasivos?

DOTOR.

Beba, pues, del agua sola,
é huya del vino dañino
cual si fuera de la yerba
ballestera.

ESCUDERO.

Lo he entendido:

é diga, ¿podrá beber
en cuantía?

DOTOR.

Sí, Rodrigo,
cuanta agua quiera.

D. PEDRO.

Mil gracias
por favor tan peregrino.

DOTOR.

E aparejado que sea....

D. PEDRO.

Tú lo serás, gran pollino. *Ap.*

DOTOR.

Para que le saquen sangre,
le aliviaremos de cinco
buenas tazas en catorce
vegadas.

D. PEDRO.

¡Soberbio alivio!

DOTOR.

E despues le dispondremos
brebajes frigerativos,

é luego....

D. PEDRO.

Y luego me muero,
por libertarme prontito
de tus malditos remedios.

ESCUDERO.

¡Ay, que le crece el delirio!

DOTOR.

¿Qué propala este demente?

D. PEDRO.

Reniego de tal estilo
de curar: agua, sangrías,
brebajes, friegas, y... lindos
remedios son, por mi vida,
si el enfermo es un novillo.

DOTOR.

¿Non es fuerza le medique?

ESCUDERO.

Sosegaos, señor mio,
é reparad que este home
es un varon muy sabido,
é doto en la fisicante
parlería.

D. Pedro.

Sí, pues, mira, hijo,
anda, y cúrate con él,
que yo no lo necesito,
ni pienso necesitarle
para nada.

Escudero.

E á vuestro primo,
Garcí Manriquez de Lara,
le curó con mucho tino
cuando finó.

D. Pedro.

Pues no quiero
que me atine: ¡ay tal capricho!

Dotor.

Bien está; ya lo veredes.

D. Pedro.

No tal, ya lo tengo visto;
y por lo tanto resuelvo
no morirme en este siglo.
¡Cáspita con los dotores
de antaño!

DOTOR.

¡Doliente impío!

D. PEDRO.

A lo menos en Chinchon
el cirujano latino,
si mata cuando le llaman,
y porque al cabo es su oficio,
no por eso se ensangrienta;
mas los herodes antiguos
matan, y sangran; y asi
son dos veces asesinos.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON FELIX, vestido á la española antigua.

D. FELIX.

Fugid, noble caballero,
de esculapios maleficios,
é pósimas melecinas,
é dotores non leidos.
La negra melanconía
diz que os tiene asaz sombrío;
é si es vero lo que fablan,
é si estais tan aborrido,
mirá, señor, vais errado,

cá las dolencias de espritu
non se curan emplastando,
non se aplacan con lentisco,
sino solo les atañe
torresnos é regocijos.

D. PEDRO.

¡Tiene razon, por mi vida, *Ap.*
este diablo! ¿Mas, qué miro!
¡Jesus, lo que se parece
á Don Felix, mi sobrino!

D. FELIX.

E vos, dotor sangradero...

D. PEDRO.

Pero habiendo conocido *Ap.*
muchos hombres endiablados
con uniformes y rizos,
¿por qué estraño que se encuentren
tambien diablos parecidos?

D. FELIX.

Andad en hora no buena;
cá si agora yo os lo pido
con asaz cortesanía,
sabré, si osais resistillo,
de una coz, bien asentada,
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Sí andaré; mas pronto llegan
con las febres, los pepinos,
é os emplazo para entonces.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS EL DOTOR.

D. PEDRO.

¿Escudero?

ESCUDERO.

Señor mio.

D. PEDRO.

¿Cómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,
señor de Valdecorneja,
é rico-home.

D. PEDRO.

Pues, querido,
en cuanto le vi tan fiero
adiviné que era rico.

D. Felix.

Agora pensemos solo
en solazarnos.

D. Pedro.

Bien dicho;
pero sepamos primero,
¿ de qué modo en este siglo
se acostumbra á solazar?

D. Felix.

¿Danzais?

D. Pedro.

Nunca dí brincos
á compas, ni sin compas.

D. Felix.

¿Jugais cañas?

D. Pedro.

Cuando chico
jugué con ellas, y fueron
mi fusil y caballito.

D. Felix.

¿O correis liebres?

D. PEDRO.

Las cojo
si no miro donde piso.

D. FELIX.

¿Al menos cabalgareis?

D. PEDRO.

Pierdo al punto los estrivos.

D. FELIX.

¿Nada, pues, sabeis facer?

D. PEDRO.

Sé olvidar lo que he sabido;
y no es poca habilidad
á los sesenta del pico.

D. FELIX.

Pésame sobre manera
que non gusteis de bollicios,
é que vos falten las fuerzas
para gozar atrevido
de los únicos placeres
á los nobles concedidos.

D. PEDRO.

Y qué, ¿no hay otros?

...

D. Felix.

Los hay;
mas en todos es preciso
cabalgar buenos rocines,
é guardar el equilibrio.

D. Pedro.

¿Con que sin cabalgadura
no hay nada? ¿eh?

D. Felix.

Nada.

D. Pedro.

Pues digo
que es un lance del demonio;
y supuesto es requisito
indispensable la tal
quisicosa, determino,
despreciando todo riesgo,
cabalgar en un borrico
que tengo, si la propuesta
mereciere el sacrificio.

D. Felix.

¿E si dais con vos en tierra?

D. PEDRO.

Dará la tierra conmigo.

D. FELIX.

Ora bien, vos aconsejo
que tomemos el camino
de Flandes.

D. PEDRO.

Dígame usted;
¿y qué se nos ha perdido
en Flandes?

D. FELIX.

Se casa el conde.

D. PEDRO.

Dios lo haga muy buen marido;
pero tambien en Castilla
hay boda, y fuera delirio
el bien teniendo tan cerca,
que necios é inadvertidos
lo buscásemos tan lejos....

D. FELIX.

¿Pero el conde?...

D. PEDRO.

Y donde Cristo
dió las tres voces.....

D. FELIX.

Catad,
que un personero me dijo
facian los sus vasallos
festejos harto polidos,
y que luego mantenian
un torneo.

D. PEDRO.

No lo envidio
tampoco; que si su boda
celebran los flamenquitos
con zambras y diversiones,
los castellanos mas finos
saben celebrar la suya
en sus pechos complacidos
con votos, con esperanzas,
con deseos, con sencillos,
pero sinceros estremos,
con apasionados gritos,
y con lealtad castellana,
que jamas se ha desmentido.

D. FELIX.

Retórico estais.

D. PEDRO.

No tal,
pero siento lo que digo,
y la elocuencia del alma
no necesita de libros:
con todo, aunque yo protesto
no moverme de este sitio,
quisiera que me esplicaseis
á lo que estan reducidos
esos dichosos torneos.

ESCUDERO.

¿E su merced non los vido
antaño, en Valladolid,
cuando los dos asistimos,
é la Infanta se casó
en Portugal?

D. PEDRO.

No lo he visto.

ESCUDERO.

Pues por mi vida, señor,
anduvisteis bien ardido,
é tan tieso en el rocin,

cual si fueseis úno mismo.

D. Pedro.

Asi seria; pero yo
no me acuerdo.

Escudero.

¿Nin del circo,
que fembras é menestriles
guarnecián?

D. Pedro.

No, querido.

Escudero.

Nin tampoco de dos torres
que en él se vieron de pino
ó de lienzo, é semejaban,
ser de piedra?

D. Pedro.

Te repito
que si lo ví, lo olvidé.

Escudero.

Junto á ellas reconocimos
diez tiendas sobre cubiertas
con telas de varios visos,
é de ellas salieron luego

por el faraute advertidos,
apuestos mantenedores,
que justaron con gran brio,
é dieron contentamiento
á estraños é conoscidos.

D. Pedro.

Pero ¿qué hicieron?

D. Felix.

Lancear.

D. Pedro.

¿A toros?

D. Felix.

¡Qué desatino!
A nobles aventureros.

D. Pedro.

¿Entonces aqueste oficio
tendrá tambien sus percances?

D. Felix.

¿Qué?

D. Pedro.

Que tendrá sus peligros.

D. Felix.

Alli mismo D. Gutierre
de Sandoval fue caido
por el justador Urrea,
que le dió sin advertillo
un desemejable encuentro,
é alli murió.

D. Pedro.

Muy bien hizo;
mas yo no le imitaré,
y mientras que haya novillos
que ver desde la barrera,
y teatros bien concurridos,
y visitas y paseos,
os juro, caballerito,
que donde arriesgue el pellejo
no podré estar divertido.

D. Felix.

Son, empero, diversiones
que placen al nuestro siglo.

D. Pedro.

Pues de ellas y de él reniego.

ESCENA X.

Doña Inés, vestida á la española antigua y dichos.

DOÑA INÉS.

Justicia, señor, vos pido,
que quien á nobles demanda
contra entuertos, el su auxilio
de justicia se lo pide.

D. PEDRO.

!Sobrina!

D. FELIX.

¡Raro prodigio
de belleza!

ESCUDERO.

Noble dueña,
non plañeis vuestro destino;
non esteis mas de finojos:
levantad; cá vos afirmo
é prometo, en nombre suyo,
defenderos é asistiros.

D. PEDRO.

Pues la prometes muy mal,

porque nunca, nunca he sido
cirujano, y asi no puedo
curarla entuertos ni envizcos.

D. FELIX.

Referirnos vuestras cuitas.

DOÑA INÉS.

Oidme, pues.

ESCUDERO.

Ya vos oimos.

D. PEDRO.

Cuánto va que mi sobrina *Ap.*
quiere darme un sobrinito!

DOÑA INÉS.

En rico abolengo nascida é criada;
de padres fidalgos habida é querida;
con dulces presagios rescibí la vida;
con nobles ejemplos fui endotrinada:
los cielos ficiéronme asaz bien formada,
de rostro fermoso, cual estais notando;
mas diéronme, empero, como cera blando,
corazon amante é alma apasionada.
Catorce vegadas he visto con flores
ornarse los campos, é á la mariposa
mecerse en su cáliz, robando envidiosa,

á par de la abeja, sustancia é colores.
Catorce vegadas oí ruiseñores
en suaves concetos cantar sus querellas;
é tambien catorce burlábame de ellas;
cá non conoscia qué cosa era amores.
Mas ¡ay sin ventura! la paz que yo habia
huyóse del pecho, cual sombra ligera,
é lo muy tranquila que entonces viviera,
castígame el ciego con gran tiranía;
sin sueño de noche, sin gusto de dia;
sollozo, sospiro, morirme me siento;
é como la rosa por cálido viento,
ansi se marchita la mi lozanía.
Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,
al punto se bajan como avergonzados,
é luego al soslayo, sin ser levantados,
curiosos indagan, é tiernos se miran.
Los pechos entonces á la par respiran;
las manos se enlazan, los labios se mueven,
é amantes se juran, é finos se atreven;
cá dos que se adoran muy pronto deliran:
por ende asustada, maridarme quiero,
que todo lo cura un apuesto garzon;
é non fuera justo, nin menos razon,
pudiendo haber vida, morir cual yo muero.
Las palmas é tocas en otras venero,
é verdes guirnaldas de oliente tomillo;
mas nunca en mis manos, que nupcial anillo
á tocas é palmas é á flores prefiero.

Señor Pero Perez, amado señor,
marido me place, marido vos pido, (do,
pues muero é me abraso; é diz que un mari-
mas que sanguinaria, refresca mejor.
Si escuchais mis preces, si me dais favor,
Dios vos galardone con bienes sin tasa:
cá nunca la suerte fue parca ni escasa
para aquel que alivia querellas de amor.
Mas si mi esperanza se viere burlada,
é se desmintiera vuestra cortesía,
permitan los cielos vos roben el dia
escuros celages, noche prolongada,
é vivais mil años si vida os enfada,
sin paz ni deseos, con penas sin fin,
que aquesto merece el necio, que ruin
el llanto no enjuga de fembra angustiada.

ESCUDERO.

Non temais, triste doncella,
que mi señor....

D. PEDRO.

Pero ¡harpía!
si marido es su agonía,
¿me he de casar yo con ella?

DOÑA INÉS.

Non pido, non, vuestra mano.

D. Pedro.

Ni tampoco te la diera.

Doña Inés.

Tan solamente quisiera
que mataseis al tirano,
é al malandrin que sujeta
mi voluntad é mi amor.

D. Pedro.

Esta piensa soy dotor, *Ap.*
y me pide una receta.

Doña Inés.

Matadle, señor, matadle.

D. Pedro.

No haré tal, aunque la pese,
que luego gritarán: á ese,
ahorcadle, señor, ahorcadle.

Doña Inés.

Catad, que es un majadero
que mi dicha desbarata.

D. Pedro.

Hija, en casa no se cata
sino á las doce el puchero.

Doña Inés.

Que es un tutor, vos decia,
que me acucia en este instante.

D. Pedro.

Pues haced que vuestro amante
acuda á la vicaría,
y verá como su mal
pronto remedio recibe.

Doña Inés.

E decidme, ¿dónde vive
esta dueña?

D. Pedro.

Voto á tal, *Ap.*
que ya me huele á malicia
muger tan preguntadora.

Doña Inés.

¿Non respondeis?

D. Pedro.

Id, señora,
acudid á la justicia;
y no dude vuestro afan,
que si mira vuestro empacho,
os casará sin despacho
con el mismo preste Juan.

ESCUDERO.

¡A la josticia¡ ¿Olvidais,
ó será errata de cuenta,
que en mil cuatrocientos treinta
es el año en que fablais?
¡A la josticia! ¿E pudiera
esta Diosa haber su asiento
en donde á cada momento
se la ultraja é vitupera?
Non señor: El Rey, sin ley,
preso yace en Tordesillas,
é las dos pobres Castillas
se encuentran como sin Rey.
Los nobles las alborotan,
los moros las amenazan,
los vandos las despedazan,
los disturbios las derrotan;
é sin fuero é sin decoro,
el miserable pechero,
sufre mas del propio acero,
que del acero del moro:
aqui el interés de suerte
nos arrastra é nos divide,
que lo ageno non se pide
si no lo tomà él mas fuerte:
aqui la pasion nos manda,
é los ojos nos fascina;
la venganza nos domina,
la piedad non nos ablanda;

5

é aunque las leyes se irriten,
como agora mudas son,
las quejas de un infanzon
á su espada se remiten.
Ved, pues, la causa, señor,
porque esta triste doncella,
á quien un necio atropella,
requiere vuestro valor.

D. Pedro.

¿Y era esto lo que yo echaba *Ap.*
tan de menos? No en mis dias,
no mas, no mas gollerías:
bien estaba como estaba.

D. Felix.

Acabad, é conceded
lo que pide la cuitada.

D. Pedro.

Repito que no haré nada.

D. Felix.

¿Tal dice vuestra merced?

D. Pedro.

Como usted lo oye.

Escudero.

Mal hace,

é harto pronto lo verá.

D. PEDRO.

Pero á mí que se me da
que se case ó no se case.

D. FELIX.

Pues estando yo delante,
no permito se desaíre
á fembra de tal donaire: *Tira el guante.*
alzad luego aquese guante.

D. PEDRO.

Alcelo usted que lo tira,
que yo no soy su criado.

ESCUDERO.

Ya os hallais desafiado.

D. PEDRO.

¿Quién, yo?

ESCUDERO.

Vos.

D. PEDRO.

Eso es mentira;
el señor no pronunció
tal cosa.

D. FELIX.

Mas vos tiré
el guante.

D. PEDRO.

Pero no lo alcé,
y en el suelo se quedó;
con que asi no lo entendí.

D. FELIX.

Si no reñis como noble,
voto á tal, que de un mandoble
dos mil muertes vos dé aqui.

D. PEDRO.

¡Vióse apuro semejante!

DOÑA INÉS.

Favorecedme.

D. FELIX.

O reñid.

D. PEDRO.

¿No hay remedio?

D. FELIX.

Non.

D. Pedro. *Al Escudero.*

Pues id,
Y venga el agonizante,
que de ambos modos me doy
ya por muerto.

Escudero.

¡Qué demencia!

D. Pedro.

Y la temible sentencia
en mí se ejecute hoy;
pues si hago lo que pedís
el verdugo me acogota,
y si no luego me acota
este nuevo Belianís
para trincharme sin duelo:
asi, pues, si este es mi hado, *Se tiende*
quiero morir descansado. *en el suelo.*

D. Felix.

¿Qué, os echais por el suelo?

D. Pedro.

Aunque tal cosa os enoje.

D. Felix.

Enderezad, ó temed....

D. Pedro.

Para qué? Píncheme usted
por donde mas se le antoje.

ESCENA XI.

Dichos y un Paje á la española antigua.

Paje.

Acorred nobles fidalgos,
é ricos homes de pró,
que la patria vos requiere
contra propia sinrazon.

D. Pedro.

Esta es otra que bien baila.

D. Felix.

¿Por qué suspendes la voz?
Fabla al punto, é dinos, paje,
de tu queja la ocasion.

Paje.

Mi queja, solo es la queja
de todo el que fiel nasció,
é reniega la discordia,
é su desorden feroz:
los campos se ven sin mieses,
los ganados sin pastor,
é las hazadas se arriman

por apañar el bridon.
Ved los fijos como dejan
al que vida y ser les dió,
é los hermanos se apartan,
é se dicen luengo á Dios.
Ved el esposo cual huye
de la que fiel le sirvió,
é trueca el caliente lecho
por el rocin corredor.
Ved al amigo que olvida
la fe que tanto juró,
é por distintas veredas
encamina su valor;
ved, en fin, nobleza é plebe
de Olmedo en derrededor,
los unos con lanza enristre,
é los otros sin morrion,
formar diferentes vandos,
é provocar con furor
lid contraria á su ventura,
pero grata á su pasion:
en el un campo se miran
D. Fadrique el lidiador,
é todos los que tremolan
del descontento el perdon:
en el opuesto se cuentan
leales, é con razon,
el condestable é su fijo,
el gran josticia mayor,
el conde de Benavente,

el de Haro, el buen Albornós;
é por fin, el que se dice
de Castrojeriz señor,
que si en la paz non se muestra,
en la guerra siempre andó:
acorred, pues, los fidalgos,
cabalgad sin dilacion,
que cuando el clarin alarma,
é la trompeta sonó,
los homes que se están quedos
no son homes, vive Dios:
é si lidia el vil pechero,
¿qué fará el buen infanzon?

D. Felix.

Acorramos á las armas.

Escudero.

Voy por las de mi señor,
seguidme el paje.

Paje.

Ya sigo.

ESCENA XII.

Dichos, menos el Escudero y Paje.

Doña Inés.

¡Oh qué sin ventura soy!
cá ¿dónde, si ora vos matan,

hallaré desfacedor
de mi entuerto?

D. Pedro.

En la botica
por dos reales de vellon.

D. Felix.

¿E á qué lado vos inclina,
Sr. Perez, vuestro ardor?

D. Pedro.

Buena pregunta, á fe mia,
no la hiciera un cabador.

D. Felix.

¿E por qué?

D. Pedro.

Porque no ignora
que nací rancio español,
y en el lado en que esté el Rey,
ó su nombre, alli estoy yo.

ESCENA XIII.

Dichos y el Dotor.

Dotor.

Guarda el moro, guarda el moro,
cá de las sierras bajó,

é con seiscientos ginetes
por nuestros llanos se entró.

D. PEDRO.

¡Otro susto!

D. FELIX.

¿Quién lo cuenta!

DOTOR.

Un personero llegó,
que el obispo de Jaen
con presura despachó;
é diz que todo lo talan,
é que los manda Almanzor,
el cid de la Andalucía,
el que mil veces venció,
en los juegos con destreza,
en las veras con valor.

D. PEDRO.

Pues á fe que la tal tierra
es tierra de promision,
segun lo quieto y tranquilo
que vive su morador:
cuando no son los de casa,
los moros le dan temor;
y cuando no son los moros,
los enamorados son.
¡Quién quiere vivir asi!

¡ay! ¡si me viera en Chinchon,
que alli no hay mas enemigos
que escribano y comádron!

DOTOR.

¿Qué facemos?

D. FELIX.

Ir á Olmedo,
é lidiar luego que el sol
salga é brille; cá despues
iremos del moro en pos.

D. PEDRO.

¡Escelente plus café
se dispone!

ESCENA XIV.

Dichos, Escudero y Paje.

ESCUDERO.

Ya, señor,
teneis aqui preparadas
vuestras armas.

D. PEDRO.

Sí; pues vos
ídmelas enjaretando
como os parezca mejor,
que yo por no ser armado,

ni lo fui de procesion.

D. Felix.

¡Braba celada!

Escudero.

¡Buen peto!

D. Felix.

¡El escudo es de primor!

D. Pedro.

Pues ¿dónde dejan ustedes
tan descomunal lanzon,
que á su lado, el de Longinos
fue palillo de tambor?

Doña Inés.

Esta cinta vos presento
de favor.

D. Pedro.

¡Lindo favor!
Guardadla para divisa
de algun toro de Gijon.

Escudero.

Ya estais armado.

D. Pedro.

Me alegro.

D. Felix.

Servidnos, pues, de guion;
cá todos vos seguiremos,
é á vuestro lado....

D. Pedro.

¿Quién? ¿Yo?
Primero es que pueda dar
un paso.

D. Felix.

¿Sentis temor?

D. Pedro.

Qué temor ni qué morcilla,
lo que siento es veinte y dos
arrobas de peso encima
de mi cuerpo.

Escudero.

¡Qué baldon!

D. Pedro.

Será lo que ustedes quieran;
pero repito que no
puedo moverme.

PAJE.

El rocin
tasca el freno.

D. PEDRO.

Pues, señor,
lo dicho, dicho: si ustedes,
llevados de compasion,
no cargan conmigo acuestas,
aqui me quedo.

D. FELIX.

Por Dios,
que si no hay otro remedio,
podrán ayudaros dos
pajes hasta que logreis
cabalgar.

D. PEDRO.

No entiendo yo
de ayudas: carguen conmigo
si me quieren lanceador.

D. FELIX.

Pues que carguen.

D. PEDRO.

Pues que carguen.

Escudero.

Facedlo, pajes; é vos
id delante.

D. Pedro.

No me opongo:
Dios mio, dadme valor,
que si en ogaño me miro,
no quiero otro antaño, no.

ESCENA XV.

D. Juan é Isabel.

Isabel.

¿Escuchaste?

D. Juan.

Lindamente;
desde el principio hasta el fin.

Isabel.

¿Y va bien?

D. Juan.

Perfectamente;
mas ¿dónde toda esa gente
se encamina?

ISABEL.

Hácia el jardin:
allí desengañarán
su envejecida manía,
y luego celebrarán
tanta dicha, y bailarán
hasta muy entrado el dia;
pues habiendo ya llegado,
como llegó la noticia,
de que la corte ha logrado
el instante afortunado
de haber su Reyna y delicia,
no es justo, pues, que en Chinchon
esté muda la lealtad,
que no hay (por triste) rincon
desde donde la oblacion
no interese á la deidad.

D. JUAN.

Es cierto.

ISABEL.

Y tanto como es.

D. JUAN.

Pues podemos, segun veo,
ir nosotros.

ISABEL.

Vamos, pues;
y ojalá tengan mis pies
las alas de mi deseo.

ESCENA XVI. Y ULTIMA.

Jardin magníficamente adornado é iluminado. En el fondo se descubrirá el templo de la gloria, y á sus lados, pero mas hácia la escena, dos jarrones de murta, que se abrirán á su debido tiempo, y descubrirán los retratos de los Reyes. Cuando llegue este caso, deberá salir del templo una matrona, representando la España, con una corona en cada mano; siendo de laurel la que lleve en la derecha, y de oliva la otra, y figurará coronar con ellas á los retratos: aparecen ya sobre la escena D. Felix, D. Pedro, Doña Inés, Escudero, Dotor, Pajes y cuerpo de baile. Luego Isabel y D. Juan.

D. PEDRO.

Pero para tanto engaño,
y tal trapalonería,
forjado todo en mi daño,
¿qué motivo?...

D. Felix.

Un desengaño
tan solo se apetecia.

D. Pedro.

¡Desengaño!

D. Felix.

Sí señor,
y digno de agradecer;
pues no hay servicio mayor
que disipar un error,
proporcionando un placer.

D. Pedro.

No encuentro ninguno, cuando
se me asusta, como hicisteis.

D. Felix.

Lo encontrareis, comparando
el bien que estais disfrutando
con el mal que antes hubisteis;
recordad del ya pasado
tiempo lo poco seguro,
lo agreste y desaliñado,
lo incierto, pobre y cansado,
lo ignorante, tosco y duro:
y ved luego la presente
sociedad tan baldonada,

cual camina diligente
hácia el estado eminente
de perfeccion deseada.

ESCUDERO.

Sábias leyes nos protejen,
y defienden y aseguran;
y aunque los malos se quejen,
no haya miedo que motejen
las ventajas que procuran.

DOTOR.

Ya los errores pasaron,
ya se busca la verdad;
y las ciencias alcanzaron,
con la luz que demostraron,
disgustar de obscuridad.

DOÑA INÉS.

Las artes encantadoras,
la música, la Poesía
engalanan nuestras horas,
produciendo seductoras
placer y cortesanía.

ESCUDERO.

Entonces todo era susto,
guerra, facciones y duelos;
y en tiempos de tal disgusto,
nadie esperaba lo justo,

...

á no venir de los cielos.

DOTOR.

Entonces la necedad,
deidad era peregina;
con tan magna ceguedad,
que para hallar la verdad,
se buscó en la medicina.

ISABEL.

El tierno amor se trataba
como materia de estado;
y el que diez años rogaba,
ni siquiera adelantaba
lo que ahora un recien llegado.

D. FELIX.

Negar, fue tener razon.

ESCUDERO.

Perseguir, filosofia.

DÑA INÉS.

Disputar, educacion.

DOTOR.

Y exacta demostracion,
un *ergo* de teología.

D. Felix.

Y si acaso no cedeis
en vuestro temoso intento,
ni tampoco os convenceis,
veamos pues, ¿qué respondeis
á nuestro último argumento?

Da una palmada, y descubre los retratos.

D. Pedro.

¡Qué miro!

D. Felix.

Un Rey adorado,
una Reyna apetecida,
un momento deseado,
y un enlace coronado
por la patria agradecida.

D. Pedro.

¡Qué! ¿llegó ya?

D. Felix.

Sí, llegó,
y nuestro orgullo con ella:
mas ¿qué respondeis?

D. Pedro.

¿Qién, yo?

Que nadie nunca admiró
una adquisicíon tan bella,
como sabe mi lealtad
admirarla en este dia;
y en prueba de tal verdad,
confieso mi terquedad
y mi anticuaria manía.

DÑA INÉS.

¿Nos perdonais, segun eso?

D. PEDRO.

Y os caso por buen garante.

DOÑA INÉS.

Grato fin.

D. FELIX.

Feliz suceso.

D. PEDRO.

Porque no tuviera seso
si no os casára al instante;
entre tanto celebrad,
amigos, tales venturas;
cantad, tocad y bailad,
que en tan gran festividad,
locuras serán corduras.

Baile general.

Versos que se recitaron en las primeras representaciones de esta comedia por los principales actores de ella, en obsequio de SS. MM.

OCTAVA.

Verdes coronas de laurel y oliva
Ciñan y adornen vuestra augusta frente;
Nunca se os muestre la fortuna esquiva;
Siempre su imperio la justicia ostente:
El nombre de BORBON eterno viva,
Y suene sin cesar de gente en gente,
Desde el siglo presente al mas remoto:
Tal es ¡oh Reyes! de la España el voto.

SONETO.

Cual cedro, que en el Libano levanta
De las nubes á par su altiva frente;
Y estendiendo sus ramas, no consiente
Arbusto en torno suyo, flor ni planta;
Asi descuella con grandeza tanta,
Reyna augusta, tu mérito eminente;
Pues bella entre mil bellas, solamente
Tu voz suspende, tu mirar encanta.
Mas ¿por que estraño tal efecto, cuando
Dulce esperanza de la patria mia,

Eres esposa de FERNANDO cara?
Su dicha nuestra dicha vas labrando,
Su amor y nuestro amor en tí confia;
Y ya el nombre de madre te prepara.

OTRO.

Breve período de grandeza y gloria,
Aunque de ilustre y larga nombradía,
¿Puede acaso ninguno en este dia
mancillar con sus hechos tu memoria?
En buen hora recuerde nuestra historia
Esfuerzos de Numancia ó de Pavía;
Si lauro solo entonces se adquiria,
Laurel con libertad nos dió Vitoria.
¡Qué no se debe al pueblo que ha vencido
Por su FERNANDO en desigual pelea,
El noble grito de la patria alzando!
Honor y paz por ello ha conseguido,
Honor y paz, y dicha siempre sea
Divisa fiel del siglo de FERNANDO.



